

*Erica Bauermeister*

# La escuela de ingredientes esenciales

Título original: *The School of Essential Ingredients*

© Erica Bauermeister

© De la traducción: Alicia Frieiro

© De esta edición: 2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

[www.sumadeletras.com](http://www.sumadeletras.com)

Diseño de cubierta: Romi Sanmartí

*Primera edición: abril de 2011*

ISBN: 978-84-8365-146-9

Depósito legal: B-12.431-2011

Impreso en España por Cayfosa, S. A. (Sta. Perpètua de Mogoda, Barcelona)

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

El momento previo a encender las luces era el mejor de todos. Lillian permanecía en el umbral de la cocina del restaurante, el aire cargado de lluvia a su espalda, y dejaba que los olores llegaran hasta ella: levadura fermentada, café dulce y terroso, y ajo, reblandeciéndose a la espera. Por debajo de éstos, esquivaba, reposaba la persistente esencia a carne cruda, tomates verdes, cantalupo, lechuga en remojo. Lillian respiró hondo, sintiendo cómo los olores se movían a su alrededor y la atravesaban, al tiempo que trataba de identificar aquellos que pudieran sugerir la presencia de una naranja podrida debajo del montón o bien que la nueva ayudante de cocina seguía aderezando en exceso los platos de curry. Así era. La muchacha era la hija de unos amigos y manejaba bien el cuchillo, pero había días, pensó

Lillian con un suspiro, en los que era como enseñar sutileza a una tormenta.

Pero hoy era lunes. Nada de ayudantes de cocina, nada de clientes buscando consuelo o celebración. Hoy era lunes por la noche, la noche de la clase de cocina.

Tras siete años de enseñanza, Lillian sabía cómo se presentarían sus alumnos a la primera noche de clase: atravesarían la puerta de la cocina solos o en grupos ad hoc de dos o tres después de haber coincidido en el paseo de entrada al restaurante en penumbra, conversando en voz baja, nerviosos, como ocurre entre los extraños que no tardarán en tocar la comida del otro. Una vez en el interior, algunos se agruparían, en un primer paso para establecer una conexión, mientras que otros deambularían por la cocina, con los dedos acariciando las ollas de latón o recogiendo un rutilante pimiento rojo, como niños pequeños atraídos por los ornamentos de un árbol de Navidad, no del todo seguros de si pueden tocarlos pero incapaces de contenerse.

A Lillian le encantaba observar a sus alumnos en ese momento; eran elementos que se volverían más complejos e interesantes tan pronto como se mezclaran entre ellos, pero al principio, en el aislamiento de un entorno nada familiar, su esencia era evidente. Un joven que estiraba la mano para apoyarla sobre el hombro de la chica, aún más joven, que se encontra-

ba junto a él — «¿cómo te llamas?» —, mientras la mano de ella bajaba hasta la encimera y surcaba la suave superficie de acero inoxidable. Otra mujer, sola, la mente todavía ocupada por el pensamiento de ¿un niño?, ¿un amante? De tanto en tanto acudía una pareja, enamorada o en ruinas.

Los alumnos de Lillian llegaban movidos por distintos motivos, unos por el deseo no cumplido todavía de escuchar un murmullo de alabanzas culinarias, otros con la esperanza de encontrar un cocinero antes que convertirse en uno. Había unos pocos que ni siquiera estaban interesados en las clases, y llegaban con un bono regalo en la mano como obligados a embarcarse en una marcha abocada al fracaso más absoluto; sabían que sus bizcochos no subirían nunca, que sus salsas siempre acabarían repletas de desconcertantes grumos de harina, como quien se encuentra el buzón lleno de facturas cuando lo que en realidad espera es una carta de amor.

Y luego estaban los alumnos aparentemente sin elección, tan incapaces de mantenerse alejados de una cocina como un cleptómano de mantener las manos en los bolsillos. Llegaban temprano, se quedaban hasta tarde, fantaseaban con abandonar sus empleos de oficina y convertirse en chefs con una mezcla de culpabilidad y placer, como un anciano que se salta los primeros de la carta para ir directamente al azúcar. Si bien tenía debilidad por estos

últimos, como por otra parte no podía ser de otra manera, lo cierto es que Lillian los encontraba a todos igualmente fascinantes. Fueran cuales fueran las razones de su presencia allí, Lillian sabía que en un momento u otro en el transcurso de la clase los ojos de cada uno de ellos se abrirían como platos, rebosantes de alegría o de lágrimas o de resolución; siempre pasaba. El momento y el motivo serían diferentes para cada uno, y era precisamente eso lo que la fascinaba. No hay dos especias que funcionen igual.

La cocina estaba lista. Las largas encimeras de acero inoxidable se extendían ante ella, amplias y frías en la oscuridad. Lillian supo sin necesidad de comprobarlo que Robert había recibido el pedido de hortalizas del proveedor que sólo hacía reparto los lunes. Caroline no le habría quitado el ojo de encima al flacucho y lenguaraz Daniel hasta que los suelos estuvieran bien fregoteados, y las gruesas alfombrillas de goma hubiesen recibido afuera un buen manguerazo hasta quedar negras y brillantes. Al otro lado de las puertas batientes del otro extremo de la cocina, el comedor estaba dispuesto, un campo silencioso de mesas vestidas de lino blanco almidonado, las servilletas dobladas en perfectos triángulos en cada lugar. Pero nadie usaría el comedor esta noche. Sólo importaba la cocina.

Lillian estiró los dedos una, dos veces, y accionó el interruptor de la luz.

## Lillian

Lillian tenía cuatro años cuando su padre la abandonó, y su madre, atónita, se zambulló en la lectura como una foca en el agua. Lillian había observado a su madre sumergirse y desaparecer, sintiendo instintivamente, ya a tan pronta edad, la naturaleza impersonal de una elección tomada sencillamente por supervivencia, y adaptándose al nicho en que desde ese instante se convertiría su hogar, como un observador desde la orilla del océano de su madre.

En esa nueva vida, el rostro de la madre de Lillian se transformó en una serie de tapas de libros, sostenidas allí donde acostumbraban a aparecer ojos, nariz o boca. Lillian aprendió enseguida que las tapas de los libros tenían la facultad de pronosticar estados de ánimo igual que las expresiones facia-

les, porque la madre de Lillian buceaba hondo en los libros que leía, hasta que la personalidad del protagonista la envolvía como un perfume aplicado por una mano indiscriminada. Lillian no podía saber quién la recibiría a la mesa del desayuno, por mucho que el alboroz, el pelo, los pies, fuesen siempre los mismos. Era como tener a un mago por madre, aunque Lillian siempre sospechó que los magos que veía en las fiestas de cumpleaños, al regresar a sus casas, volvían a transformarse en hombretones con tres vástagos y una pradera de césped que había que cortar. La madre de Lillian, en cambio, se limitaba a terminar un libro y empezar el siguiente.

La entrega de su madre a los libros no era una ocupación silenciosa del todo. Mucho antes de que el padre de Lillian las abandonara, mucho antes de que Lillian fuera consciente de que las palabras poseían un significado además de la música de su inflexión, su madre acostumbraba a leerle en alto. No los libros de cartón con sus ilustraciones en colores primarios y sus rimas monosilábicas. La madre de Lillian los desechara como un inspector de calidad con poco tiempo y mucha experiencia.

«Para qué comer patatas, Lily», decía, «cuando hay una comida de cuatro platos lista esperándote». Y empezaba a leer.

Para la madre de Lillian, todas las partes de un libro tenían su magia, pero en lo que más se delei-



taba era en las palabras mismas. Coleccionaba frases exquisitas y rimas complicadas, descripciones que ondulaban por la página como la masa de un bizcocho al verterse en un molde, y que leía en voz alta para suspender las palabras en el aire y así poder oírlas tanto como verlas.

«Oh, Lily», solía decir su madre, «escucha ésta. Suenan a verde, ¿no te parece?».

Y Lillian, que era demasiado pequeña para saber que ni las palabras son colores ni los pensamientos sonidos, escuchaba mientras las sílabas la atravesaban delicadamente, y pensaba «así es como suena lo verde».

La marcha de su padre, no obstante, lo cambió todo, y Lillian empezó a verse paulatinamente como poco más que una ayudante muda y solícita en la acumulación de oraciones excepcionales o, si se hallaban en público, como cubierta social de su madre. La gente se sonreía al ver a aquella madre nutriendo la imaginación literaria de su hija, pero para Lillian significaba mucho más. En su mente, su madre era un museo de palabras; y ella ese anejo tan necesario cuando falta espacio en el edificio principal.

Como cabía esperar, llegado el momento de que aprendiera a leer, Lillian se plantó. No fue solamente un acto de desafío, aunque para cuando empezó en la guardería Lillian ya sentía hacia los libros brotes íntimos de agresividad que, una vez superados, la hacían sentirse confundida y levemente su-

perior. Pero no se trataba sólo de eso. En su mundo, los libros eran tapas, y las palabras sonido y movimiento, pero no forma. No podía identificar los ritmos que se le habían insinuado en la imaginación con lo que veía en el papel. Las letras yacían tendidas en la página como negros cuerpos reseco de hormigas muertas dispuestos con precisión implacable. No había magia alguna en la página en sí, eso notaba Lillian; y si bien ese hecho hizo crecer su estima hacia las habilidades de su madre, no logró alimentar en modo alguno su interés por los libros.

\* \* \*

Fue durante aquellas primeras escaramuzas con la palabra impresa cuando Lillian descubrió la cocina. En el tiempo transcurrido desde que su padre se fuera, las tareas domésticas se convirtieron, para la madre de Lillian, en un destino de viaje raramente visitado; y la colada, en ese amigo al que uno nunca se acuerda de telefonar. Lillian se familiarizó con estas tareas persiguiendo a las madres de sus amigas por sus casas, a la vez que ellas fingían no darse cuenta y dejaban caer alguna que otra pista sobre la lejía o sobre cómo cambiar la bolsa de la aspiradora como si se tratase de otro juego infantil más. Lillian aprendió, y muy pronto su hogar, o el piso inferior al menos, desarrolló cierta rutina doméstica.

Sin embargo, fue el trajín en la cocina de las casas de sus amigas lo que fascinó a Lillian: los aromas que empezaban a despertar su olfato justo cuando llegaba la hora de regresar a casa, por la tarde. Algunos olores eran intensos, un repiqueteo olfativo de tacones sobre un piso de madera. Otros los sentía como la calidez del aire al final del verano. Lillian observaba mientras el aroma a queso fundido sacaba a los niños lánguidamente de sus habitaciones, veía cómo el ajo los volvía charlatanes, dilatando las bromas en relatos sobre los pormenores de la jornada. A Lillian le extrañó que no todas las madres pareciesen darse cuenta; la madre de Sarah, por ejemplo, siempre cocinaba curry cuando discutía con su hija adolescente, el aroma revoloteando disparado por la casa como un desafío. Pero Lillian descubrió enseguida que eran mayoría los que no comprendían el lenguaje de los olores, por mucho que para ella fuera tan obvio como una valla publicitaria.

Lillian pensó que quizá los olores fueran para ella lo que para otros eran las palabras impresas, algo vivo que crecía y mudaba. No sólo el olor a romero en el jardín, sino la fragancia de éste en sus manos después de cortar una ramita para la madre de Elizabeth, el aroma mezclándose con el intenso olor a grasa de pollo y a ajo en el horno, el recuerdo de la fragancia en los cojines del sillón el día después. La

forma en que, desde entonces, Elizabeth tendría siempre para Lillian una parte de romero, el modo en que su cara redondeada se arrugó para reírse cuando Lillian le plantó la espinosa ramita cerca de la nariz.

A Lillian le gustaba pensar en los olores, tanto como le gustaba sostener la pesada sartén de la madre de Mary, o el modo en que la vainilla se colaba en el sabor de la leche templada. Evocaba con frecuencia el día en que la madre de Margaret le había dejado echar una mano con una bechamel, recordando cada instante en su cabeza del mismo modo en que algunos niños tratan de revivir, a fuerza de detalles, los momentos de su fiesta preferida de cumpleaños. Margaret había hecho un mohín, porque a ella, declaró entonces con firmeza, nunca la dejaban ayudar en la cocina, pero Lillian ignoró las punzadas de lealtad, se encaramó a la silla y desde allí, de pie, observó la mantequilla derretirse en la sartén como el extremo espumoso de una ola filtrándose en la arena, luego la harina, al principio una cosa horrenda y grumosa que destruía la imagen hasta que se la removía y removía, la mano de la madre de Margaret sobre la de Lillian en la cuchara de madera cuando quiso aplastar los grumos, moviéndose despacio en cambio, dibujando círculos, suavemente, hasta que la mezcla de harina y mantequilla se volvió homogénea, homogénea, hasta que de nuevo la imagen mudó por obra de la leche, la salsa expan-

diéndose para contener el líquido y Lillian pensando todo el tiempo que la salsa no podría asimilar más, que la salsa se cortaría en sólido y líquido, pero no lo hizo. En el último momento, la madre de Margaret retiró de encima de la sartén el medidor de leche, y Lillian observó la salsa, un campo de nieve virgen, su aroma la sensación de calma en la convalecencia de una enfermedad, cuando uno vuelve a sentir el mundo de nuevo como un lugar amable y acogedor.

\* \* \*

Cumplidos los ocho años, Lillian comenzó a hacerse cargo de la cocina en su propia casa. Su madre no puso objeción alguna; la comida no había desaparecido junto con su padre pero, si bien no era imposible del todo cocinar a la vez que leer, cuando menos resultaba problemático y, dada la tendencia de su madre a confundir una especia por otra si un libro era inusualmente absorbente, las comidas se habían vuelto menos logradas, aunque también, en ocasiones, más intrigantes. Comoquiera que fuese, el hecho es que la transferencia de deberes culinarios de madre a hija fue acogida con no poco alivio por ambas partes.

La entrega de la antorcha culinaria marcó el comienzo de años de experimentación, devenidos en proceso lento e insólito a causa de la terca negativa de Lillian a abordar la palabra impresa, incluso en

forma de libro de cocina. Aprender los pormenores de los huevos revueltos mediante tan pedagógico enfoque podía llevar una semana: una noche, huevos sin más, revueltos suavemente con un tenedor; la siguiente, huevos batidos con leche; luego agua; luego nata. Si la madre de Lillian tenía alguna objeción, no hacía comentario alguno mientras acompañaba a Lillian a la caza de ingredientes, recorriendo los pasillos a la vez que leía en alto extractos del libro del día. Además, se decía Lillian a sí misma, cenar huevos revueltos cinco noches seguidas bien estaba a cambio de una semana dominada, por otra parte, por James Joyce. Quizá podía añadirles cebollino esa noche. «Sí», se dijo, «sí, lo haré, sí».

Conforme fueron pasando los años y mejorando sus habilidades, Lillian aprendió otras lecciones culinarias inesperadas. Se percató de cómo la masa golpeada producía un pan duro y estados de ánimo similares. Observó que las galletas blandas y calientes satisfacían necesidades humanas diferentes que las crujientes y puestas a enfriar. Cuanto más cocinaba, más empezó a contemplar las especias como portadoras de las emociones y recuerdos de los lugares de las que provenían originariamente y de todos aquellos por los que habían viajado en el transcurso de los años. Descubrió que la gente reaccionaba ante las especias del mismo modo que lo hacían con las personas, relajándose instintivamente ante unas, con-

trayéndose en una suerte de rígor mortis emocional ante otras. A los doce años, Lillian empezaba ya a sostener la creencia de que un cocinero auténtico, capaz de interpretar a personas y especias, podía anticiparse a las reacciones antes de una primera degustación, y de ese modo, influir en el desarrollo de una comida o una velada. Esta revelación fue la que dio a Lillian su Gran Idea.

\* \* \*

—Voy a redimirla a base de comida —le dijo Lillian a Elizabeth mientras se sentaban en el porche delantero de casa de su amiga.

—¿Qué? —Elizabeth, ocho meses mayor que Lillian, hacía tiempo ya que había perdido interés por la cocina para desarrollar una pasión mucho más apasionada hacia el vecino de al lado, quien, conforme hablaban, se encontraba montando en su monopatín, lanzándose peligrosamente por una rampa instalada delante de la verja de la casa de Elizabeth.

—A mi madre. Digo que voy a redimirla a base de comida.

—Lily —en la expresión de Elizabeth se percibía una combinación de burla y compasión—, ¿es que no te vas a dar por vencida?

—No está tan mal como crees —dijo Lillian. Y empezó a explicarle su teoría sobre las galle-

tas y las especias; hasta que cayó en la cuenta de cuán improbable era que Elizabeth llegara a creer nunca en el poder de la cocina y todavía más que se percatara del potencial que ésta tenía para influir en su madre.

Pero Lillian tenía tanta fe en la comida como otros pueden tenerla en la religión, y por eso hizo lo que haría la mayoría ante un momento crítico en la vida. Aquella misma noche, plantada en la cocina entre las cazuelas y sartenes que había ido reuniendo a lo largo de los años, hizo una promesa.

—Si consigo redimirla —ofreció Lillian—, dedicaré el resto de mi vida a la cocina. Si no lo consigo, lo dejaré para siempre. —Entonces, apoyó la mano en la base de la sartén de 35 centímetros e hizo su juramento. El caso es que como no había cumplido todavía los trece y no estaba muy versada en tradiciones religiosas, Lillian no cayó en la cuenta de que las promesas que se hacen a un poder superior requieren un sacrificio a cambio del resultado deseado, y que, por tanto, el riesgo que corría era mucho mayor, puesto que implicaba ganarlo, o perderlo, todo.

\* \* \*

Como suele suceder con buena parte de las iniciativas de esta índole, el arranque fue desastroso. Li-



llian, espoleada por la esperanza, cargó contra su madre con comidas destinadas a derribarle directamente los libros de las manos: platos queapestaban a especias que asaltaban sin piedad el estómago y las emociones. La cocina permaneció tomada durante una semana entera por el intenso aroma a guindilla y cilantro. Su madre siguió comiendo como siempre; y luego se retiró a una dieta estable de novelas decimonónicas británicas, en las que la comida rara vez desempeñaba un papel relevante.

De modo que Lillian emprendió la retirada, se reagrupó, y empezó a servirle comidas que se adecuasen al libro del día. Gachas y té y bollitos, zanahorias cocidas y pescado blanco. Pero pasados tres meses, Charles Dickens dio paso finalmente a lo que parecía ser la determinación por parte de su madre de leer las obras completas de Henry James, y Lillian se desesperó. Bien era cierto que su madre había cambiado de continente literario, aunque sólo en sentido general.

— Está atascada — le dijo a Elizabeth.

— Lilly, no va a funcionar jamás. — Elizabeth se miraba al espejo—. Hazle unas patatas cocidas y déjalo estar de una vez por todas.

— Patatas — repitió Lillian.

\* \* \*

Un rechoncho saco de veinte kilos de patatas descansaba al pie de los escalones del sótano de Lillian desde que su madre lo encargara durante su periodo *Oliver Twist*, época en la que empezaron a aparecer en su puerta tales cantidades de víveres que los vecinos preguntaron a Lillian si tenían previsto recibir huéspedes o bien planeaban construir un refugio antiaéreo. De haber sido Lillian más pequeña, es posible que hubiese construido un fortín de comida, pero ahora se encontraba muy ocupada. Valiéndose de un cuchillo, cortó la urdimbre de arpillera del saco y extrajo del interior cuatro patatas oblongas.

—Muy bien, bonitas —dijo.

Las subió a la planta de arriba y lavó la tierra de sus superficies cerosas, frotando los cortes y ojos con un cepillo. Elizabeth siempre se quejaba cuando su madre le pedía que lavara las patatas para la cena, se preguntaba en voz alta para que Lillian y todo el que pasara por allí la oyera por qué no podían inventar una patata lisa, ya que se inventaban tantas cosas. Pero a Lillian le encantaban los agujeros y los cortes, aun cuando requirieran emplear más tiempo para lavarlos. Le recordaban a campos en barbecho, donde cada montículo o agujero era un hogar, el escenario de batallas o romances de pequeños animales.

Cuando estuvieron limpias las patatas, extrajo su cuchillo preferido del taco, las cortó en cua-

tro y, uno a uno, dejó caer los pedazos en la enorme cazuela azul llena de agua que había puesto a calentar en el fogón. Tras tocar el fondo con un agradable sonido sordo, se desplazaban levemente hasta encontrar su posición, y luego se quedaban quietas, hasta que el borboteo del agua las hacía mecerse levemente.

Su madre entró en la cocina, las *Obras completas de Henry James* plantadas delante de la cara.

—¿Es la cena o un experimento? —preguntó.

—Ya veremos —contestó Lillian.

Al otro lado de las ventanas, el cielo se oscurecía. Los coches empezaban a encender los faros, al tiempo que la luz adquiriría un tono azul grisáceo al filtrarse a través de las nubes. En la cocina, las lámparas del techo estaban encendidas y su luz destellaba contra las superficies cromadas y se filtraba en las encimeras y el suelo de madera. La madre de Lillian se sentó en la silla pintada de rojo pegada a la mesa de la cocina, con el libro abierto.

—«Recuerdo el comienzo —leyó la madre de Lillian en voz alta— como una sucesión de exaltaciones y derrumbes, como un tira y afloja de buenas y malas sensaciones...».

Lillian, que la escuchaba sólo a medias, se agachó y sacó un pequeño cazo del armario. Lo colocó sobre el fogón y vertió leche en su interior hasta que el nivel alcanzó una tercera parte de sus verticales

lados. Al girar el mando del fogón, la llama brotó de un salto y lamió los costados del cazo.

— «En una ocasión estoy convencida de haber reconocido el llanto, débil y lejano, de un niño; y aun hubo otra vez en la que desperté sobresaltada por algo parecido al susurro de unas pisadas pasando ante mi puerta...».

El agua en la gran cazuela azul hervía suavemente, las patatas desplazándose en su interior con apacible resignación como los pasajeros en un autobús repleto. La cocina se llenó con el calor del agua evaporada y el olor a leche caliente, mientras que la última luz penetraba rosada a través de las ventanas. Lillian encendió la luz sobre el fogón, y comprobó las patatas una vez con la afilada punta de su cuchillo. Listas. Retiró la cazuela del fogón, y vertió las patatas en un escurridor.

— Dejad de coceros — dijo con un susurro, mientras hacía correr un chorro de agua fría sobre sus humeantes superficies—. Dejad de coceros, ya.

Agitó las patatas para acabar de escurrir el agua. La piel se despegó con facilidad, como un chal deslizándose de los hombros de una mujer. Lillian volcó los pedazos, uno a uno, en el interior del cuenco grande de metal, accionó la batidora y observó cómo los trozos pasaban de forma a textura, de montículos a nubes abultadas de algodón. Los pegotes de mantequilla formaban, al derretirse, brillantes trazos de

color amarillo en el vertiginoso remolino blanco. Cogió el cazo pequeño y vertió, muy despacio, la leche sobre las patatas. Luego la sal. La justa.

Entonces, como si se le acabase de ocurrir, se fue hasta la nevera y sacó un trozo duro de queso parmesano. Ralló un poco sobre la tabla de cortar, cogió las finísimas raspaduras con los dedos y espolvoreó con ellas el interior del cuenco, donde desaparecieron en la mezcla. Apagó la batidora, pasó el dedo por la superficie y cató el resultado.

—Perfecto —dijo. Abrió el armario superior y sacó dos platos para pasta, anchos y bajos, con borde suficiente para albergar un sinuoso dibujo azul y amarillo, y los dispuso sobre la encimera. Cogió una cuchara grande de madera, la introdujo en las patatas y sirvió una pequeña montaña blanca en el centro exacto de cada plato. Para terminar, hizo un pequeño hueco en lo alto de cada montaña, y a continuación depositó delicadamente en su interior un pegote extra de mantequilla.

—Mamá —dijo, mientras colocaba con cuidado un plato y un tenedor delante de su madre—, la cena. —La madre de Lillian cambió de postura en la silla para quedar de cara a la mesa, el libro rotando delante de su cuerpo como la aguja de una brújula.

Su mano se llegó hasta el tenedor, y con destreza esquivó las *Obras completas* para introducirlo

en medio de las patatas. Luego lo levantó, y éste quedó suspendido en el aire.

— «Era la primera vez, por así decirlo, que experimentaba el espacio y el aire y la libertad, toda la música del verano y todo el misterio de la naturaleza. Y, además, se me trataba con consideración; una consideración tan dulce...».

El tenedor concluyó su viaje a la boca de la madre de Lillian, donde entró, y luego salió, limpio.

— Hummm... —dijo. Y se hizo el silencio.

\* \* \*

— Ya es mía —le anunció Lillian a Elizabeth mientras comían una tostada de crema de cacahuete caliente en casa de ésta después del colegio.

— ¿Por qué? ¿Porque has conseguido que *dejara* de hablar? —Elizabeth la miró con escepticismo.

— Ya lo verás —dijo Lillian.

En los días posteriores, Lillian sí que notó a su madre más calmada, pero ésta experimentó un cambio mucho más notable y del todo imprevisto. Seguía leyendo, pero ahora lo hacía en completo silencio. Y si bien Lillian, quien ya hacía tiempo que había dejado de considerar las lecturas en voz alta de su madre como un intento de comunicación, no lamentaba haber dejado de ser la palangana coleccionadora de oraciones preciosas, aquél no era precisa-

mente el efecto deseado. Por un momento había creído que las patatas obrarían un efecto mágico.

\* \* \*

De camino a casa, al regreso de la escuela, Lillian cogió un atajo por un estrecho callejón que, desde la avenida principal, conducía hasta el camino rural que llevaba a su casa. A media manzana había una pequeña tienda de alimentación que Lillian descubrió a los siete años, una tarde de verano, cuando presa de la frustración se había soltado de la mano de su madre y tomado un camino inexplorado hasta entonces, preguntándose si ésta percibiría su ausencia.

Aquel día, años atrás, olió el almacén antes de verlo, sus fragancias intensas y polvorientas le produjeron un cosquilleo en la nariz, arrastrándola callejón abajo. La tienda era diminuta, puede que del tamaño del salón de un apartamento, y los anaqueles estaban atestados de conservas etiquetadas en lenguas que no supo reconocer y de largas velas cubiertas por campanas de cristal y decoradas con retratos de personas con halos y rostros entristecidos. Junto a la caja registradora había una vitrina de cristal repleta de fuentes de comida de colores intensos: amarillos y rojos y verdes, que despedían aromas intensos y ahumados, y a veces fuertes.

La mujer que atendía el mostrador vio a Lillian pegada a la vitrina de cristal, los ojos abiertos como platos.

—¿Quieres probar? —preguntó.

No dónde está tu madre ni cuántos años tienes, sino quieres probar. Lillian levantó la vista y sonrió.

La mujer se acercó a la vitrina y sacó una forma ovalada y amarilla.

—Tamale —dijo, y se la tendió a Lillian en un pequeño plato de cartón.

Por fuera era suave y algo crujiente, por dentro un festival de carne, cebolla, tomate y algo que le recordó vagamente a canela.

—Tú entiendes la comida —comentó la mujer, asintiendo, mientras la observaba comer.

Lillian levantó la vista de nuevo, y se sintió abrazada por la sonrisa de aquella mujer.

—Los niños me llaman Abuelita —dijo—. Me parece que oigo venir a tu madre.

Lillian escuchó, y oyó el sonido de la voz lectora de su madre abriéndose camino por el callejón. Paseó la mirada una vez más por la tienda, y reparó en un curioso objeto de madera colgado de un gancho en uno de los anaqueles.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando.

—¿Tú qué crees? —Abuelita lo desenganchó y se lo tendió a Lillian, que examinó su forma irregular: un palo de quince centímetros de largo, con



una cabeza redondeada a un extremo tallada de hendiduras como los surcos de un campo de cultivo.

—Creo que es una varita mágica —respondió Lillian.

—Podría ser —dijo Abuelita—. Tal vez deberías quedártela, por si acaso.

Lillian cogió la varita y se la deslizó en el interior del bolsillo de su abrigo, como un espía camuflando una nota secreta.

—Vuelve cuando quieras, pequeña cocinera —dijo Abuelita.

Lillian visitaría a menudo la tienda a lo largo de los años. Abuelita le hablaba de especias y comidas con las que ella no se topaba jamás en casa de Elizabeth o de Margaret. Estaba el aguacate, arrugado y gruñón por fuera, verde claro por dentro, cremoso como el helado cuando se aplastaba para preparar guacamole. Estaba el sabor ahumado del chile chipotle y el intenso dulzor del cilantro crujiente, que le gustaba tanto a Lillian que Abuelita siempre le daba una ramita para que se la comiera de camino a casa. No es que Abuelita hablara mucho, pero, cuando lo hacía, mantenía una conversación.

\* \* \*

De modo que cuando Lillian entró en la tienda, una semana después de prepararle el puré de patata a su

madre, Abuelita se la quedó mirando fijamente un momento.

— Algo te pasa — comentó transcurridos unos instantes.

— No funcionó — contestó Lillian desesperada—. Pensaba que lo había conseguido, pero no.

— Cuéntame — se limitó a decir Abuelita, y Lillian lo hizo, habló de galletas y de especias y de Henry James y de puré de patata y de cómo tenía la sensación de que quizá no fuera la comida, después de todo, lo que obraría la magia necesaria para sacar a su madre de su largo sueño literario, de que quizá el sueño fuera, después de todo, cuanto había para su madre.

Cuando Lillian hubo terminado su relato, Abuelita permaneció un rato en silencio.

— No es que lo hayas hecho mal; lo que pasa es que no has acabado.

— ¿Y qué más se supone que puedo hacer?

— Lillian, no todos los corazones se rompen igual. La cura es diferente para cada caso, pero hay determinadas cosas que todos necesitamos. Lo primero es que tenemos necesidad de sentirnos seguros. Eso ya lo has hecho por ella.

— ¿Y entonces por qué sigue igual?

— Porque para ser parte de este mundo necesitamos algo más que seguridad. Tu madre necesita recordar lo que ha perdido y desear recuperarlo de nuevo.

»Tengo una idea —dijo Abuelita—. Es probable que nos lleve unos minutos.

Le tendió a Lillian una tortilla caliente de maíz y la invitó a sentarse a la pequeña mesa redonda que estaba junto a la puerta de entrada. Mientras Lillian la observaba, Abuelita arrancó la parte posterior de una bolsa pequeña de papel marrón y empezó a escribir en ella, arrugando la frente concentrada.

—No es que escriba muy bien —comentó cuando hubo acabado—. Nunca pensé que sirviera de mucho. Pero captarás la idea.

Apartó el papel a un lado, cogió otra bolsa pequeña para comestibles y empezó a llenarla con diferentes productos que iba cogiendo de los anaquelos de la tienda, de espaldas a Lillian. Luego plegó el papel, lo colocó encima de la bolsa y se la tendió a Lillian.

—Aquí tienes —dijo—, ya me contarás cómo va la cosa.

\* \* \*

Cuando llegó a casa, Lillian abrió la bolsa e inhaló los aromas a naranja, a canela, a chocolate amargo y a algo que no pudo identificar del todo, profundo y misterioso, como el rastro de un perfume en las dobleces de una bufanda de cachemir. Vació los ingredientes de la bolsa sobre la encimera de la co-

cina y, una vez desplegado el papel que Abuelita había colocado encima, se lo quedó mirando con cierta reserva. Era una receta, y si bien la ortografía era la de Abuelita, las letras eran tan gruesas, y casi tan tiesas, como ramas. Su mano se moría por tirar la receta a la basura, pero Lillian vaciló conforme sus ojos se posaron en la primera línea de instrucciones.

«Busca tu varita mágica», decía. Lillian se detuvo.

—Bueno, está bien —dijo. Acercó una silla a la encimera de la cocina y, encaramándose a ella, estiró el brazo hacia la balda superior del armario para sacar la cajita roja de latón donde guardaba sus más valiosas posesiones.

La varita estaba casi al fondo, debajo de su primera entrada de cine y de la réplica en miniatura de un puente veneciano que su padre le había regalado poco antes de su marcha, dejando atrás solamente dinero y el olor de su cuerpo en las sábanas, el cual desaparecería mucho antes de que Lillian aprendiera a hacer la colada. Debajo de la varita estaba una vieja fotografía de su madre con Lillian de bebé en brazos, los ojos de su madre fijos en la cámara, su sonrisa tan grande y seductora y asombrosa como cualquier tarta de chocolate que a Lillian se le pudiese ocurrir preparar.

Lillian contempló la fotografía durante un buen rato, luego se bajó de la silla, la varita en la mano derecha, y cogió la receta.